

Custodia de la Parroquia del Sagrario de la Catedral de Córdoba

Si siempre es interesante y provechoso el estudio de las obras artísticas, que los genios del pasado nos legaron, haciendo que sus nombres se immortalizaran con ellas, este interés alcanza límites insospechados cuando se nos presenta la ocasión de estudiar una obra de autor desconocido. Entonces el afán de descubrirlo nos acucia constantemente; investiganse libros, hácese conjeturas más o menos atinadas y todo un cúmulo de preguntas acuden a nuestra mente. A veces el éxito corona la empresa, y otras por el contrario, no proporciona sino la satisfacción espiritual del trabajo desarrollado en persecución de un fin, que queda incumplido a pesar de nuestros desvelos y afanes. Y este es el caso de la obra objeto de estas cuartillas.

Por indicación de nuestro padre, teníamos conocimiento de la existencia de una joya excepcional que se conserva en el Sagrario de esta Catedral, sin que al presente me fuese dado conocerla a fondo por diversas causas que no hacen al caso.

Hoy podemos decir que es una de esas obras anónimas que los cinceles prodigiosos de nuestros orfebres labraron antaño para llenar un fin determinado en el culto, y que a más sirven de solaz al espíritu de los que las contemplan. Es una obra que por su feliz concepción, sus proporciones armónicas, elegancia de líneas y delicadeza de trabajo, contribuye a la exaltación del sentimiento artístico y nos impulsa con noble y decidido empeño a hacer partícipes de esta nuestra dicha incontentada a quienes nos rodean. Es igualmente una obra en la que sus partes acusan un todo tan armonioso y bello que hacen arrancar al alma nuevos himnos de gloria en loor de las Bellas Artes, compendio sublime de los nobles impulsos del hombre en su peregrinación por la tierra.

De esta obra, Custodia de forma poco común, intentaremos dar una descripción aproximada.

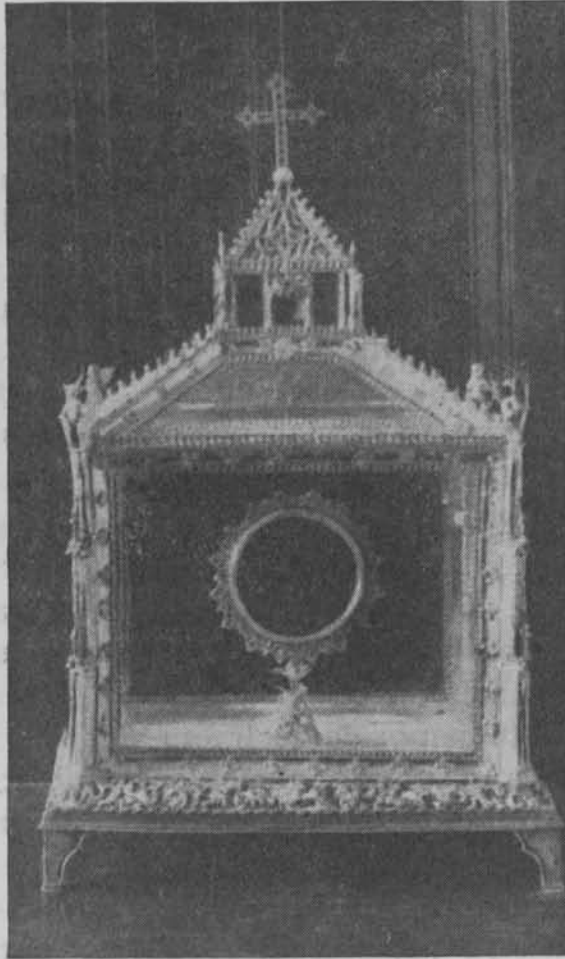
Forma su planta un rectángulo de 35'5 ctms. de largo por 23 de ancho, sostenida por cuatro garras o soportes que adoptan la forma de arcos lobulados, que sirven de sostén a una serie de moldu-

ras entrantes y salientes, terminadas en una crestería almenada. Sigue una escocia cóncava ocupada por una greca de plata sobredorada, representando una cacería con siete figuras humanas y dos tarascas.

Estas partes forman el basamento propiamente dicho de esta custodia, de donde se levanta un cuerpo en forma de paralelepipedo de 27 centímetros de largo, 15 de ancho y 22 de alto, orlado en su base por un bonito cordón. Las caras de este cuerpo son sendos cristales biselados. Las aristas del paralelepipedo forman escocias ligeramente cóncavas con adornos de flores de plata sobredorada, circundadas en las partes que tocan al cristal de preciosa crestería. A las aristas perpendiculares se hallan adosadas unas pilastras formadas de tres cuerpos. Los dos superiores llevan delante a modo de estribo una columna de sección cuadrada en el último cuerpo, esquinada con el frente de la pilastra y que rematan todas en pináculos labrados. Estos estribos están decorados en su frente de agujas. En la parte superior de cada una de estas pilastras asienta un angelito alado, portando en la diestra un escudo donde campea una cruz y en la siniestra un pequeño vástago de plata. Todas estas cuatro figuras son de plata sobredorada. Cierra este cuerpo una pirámide rectangular truncada, cuyas caras son asimismo cristales biselados. Las aristas adoptan la misma disposición de las ya indicadas y su ornamentación en nada difiere de ellas, salvo la crestería, que embellece los baquetones que unen las aristas oblicuas. Rodean la sección truncada una crestería semejante a las dichas.

Sienta sobre la superficie de truncamiento otro cuerpo idéntico al anterior, es decir, un paralelepipedo de 9 centímetros de largo, 5 de ancho, 4'5 de alto, todo de plata sobredorada. Adosadas a las aristas perpendiculares destacan cuatro pilastras que terminan en pináculo labrado. Cada pilastra lleva delante, en oficio de estribo, una columna de sección cuadrada, que va esquinada con el frente de la pilastra y que termina igualmente un pináculo labrado. En las caras posterior y anterior se levantan en cada una tres arcos rebajados cuyas pilastras se decoran con agujas de sección cuadrada, terminadas en pináculos labrados y que van esquinadas con el frente de ellas. Los vanos de estos arcos, de plata mate, los ocupan figuras de Apóstoles esmaltadas. En la principal se destacan Santiago, San Andrés y San Judas Tadeo; en la anversa San Juan Evangelista, San Pedro y San Pablo. Las caras

laterales las ocupan dos arcos asimismo rebajados con igual decoración, siendo las imágenes las de San Simón, San Felipe, Santo Tomás y San Bartolomé. Cada uno de los arcos centrales de las caras anterior y posterior lleva un precioso doselete de plata mate, que falta en los restantes y los laterales uno que abarca los dos arcos. Circunda la parte superior de este cuerpo una bo-



nita crestería. Sobre este dicho cuerpo se levanta una pirámide rectangular, cuyas caras las ocupan unos preciosos y bellos rosetones con otros adornos que se extienden por el resto de la superficie triangular. Los lados de los triángulos se adornan con una crestería semejante a la de los baquetones de la pirámide truncada del cuerpo anterior. En la cúspide de esta segunda, sienta una bola que sirve de base a una preciosa cruz calada en trifolios con que remata toda la alhaja.

La altura total es de 56 centímetros.

El estado de conservación en que se encuentra esta alhaja es bueno; ya dá idea de él su fotografía; fáltanle sin embargo la greca de la parte posterior de la escocia del basamento; las pilastras adosadas a las aristas del primer cuerpo presentan ligeras abolladuras: de los doseletes de los arcos rebajados del segundo cuerpo se han perdido cuatro y otros ligerísimos desperfectos que no alteran la composición del conjunto.

Algunas de sus partes denotan que esta pieza ha sufrido restauraciones al acomodarla para el uso que en la actualidad tienen, pues soy de parecer que fué fabricada para relicario de alguna reliquia insigne de las que atesoraba esta iglesia, y que más tarde por causas ignoradas, fué convertida en custodia. Buena prueba de esta restauración que indico la dan la base del paralelepipedo del cuerpo principal, donde va colocado el viril; éste y su base formada por un vástago adornado en su parte inferior por hojas enlazadas, formando el conjunto una especie de flor; los ángeles que rematan las pilastras de este cuerpo, y las florecitas que se hallan repartidas por las escocias pequeñas todo perteneciente a la época del barroco.

No tiene esta pieza ni inscripción ni leyenda alguna, ni punzón del maestro que la labrara, seguramente desaparecido en la restauración indicada, como pasó con muchas alhajas del tesoro de la Catedral; tampoco hay referencias documentales de su historia ni del taller de que saliera.

Por nuestra parte hemos de decir que cuantas investigaciones hemos realizado han resultado infructuosas. Hemos visto y revisado los libros catedralicios desde el 1.500 al 1.529, los inventarios de 1.704 y 1.762, y las cuentas de Fábrica, sin hallar el resultado apetecido. De haber existido algún dato o noticia, en estos libros se hubiese encontrado ya que el Sagrario formó parte integrante de la Catedral hasta mediados de la pasada centuria. Por otra parte no nos llama la atención esta falta de noticias, cuando aun de las piezas más importantes del tesoro Catedralicio se guarda casi un silencio absoluto, como en su día daremos a conocer.

Después de estas observaciones solo nos resta razonar brevemente su atribución a un artista de todos conocido y admirado: Enrique de Arfe.

He deliberado largamente con mi padre y maestro en estas aficiones, sobre todos y cada uno de los detalles ornamentales de esta Custodia poco común, y sin complicar a él en la enorme res-

ponsabilidad del fallo que los inteligentes y expertos en esta materia pueden promulgar, me permito el atrevimiento de atribuirle a Enrique de Arfe.

Los adornos de los pilastras, de los pináculos y la actitud expresiva de las figuras esmaltadas denotan un florido del gótico no anteriores al siglo XVI. Los arcos enlazados que sirven de doselete a los rebajados del segundo cuerpo no se encuentran en el arte ornamental hasta que Enrique de Arfe los pone en la Custodia de la Catedral de León, después en la de nuestra ciudad y más tarde en la Toledana. No es este detalle de los arcos enlazados el único para atribuir esta alhaja al mayor de los Arfes. La greca que anima la escocia del basamento es idéntica, aun en sus más ínfimos aspectos, a la que embellece la arimera de la sin par custodia cordobesa.

Otra muestra que a nuestro juicio identifica esta alhaja con Enrique de Arfe es la siguiente: Las columnas cuadrangulares, esquinadas que sirven de estribos a las pilastras que separan las capillitas de la Custodia, son idénticas a las que llevan las pilastras del cuerpo superior de esta joya; son tan iguales, que basta verlas para concluir que unas y otras salieron de la misma mano.

Hechas estas breves observaciones, creo que esta pieza fué labrada por los años de 1515 al 1518, es decir, durante el tiempo empleado en la construcción de la Custodia Cordobesa, y que su autor no es otro que Enrique de Arfe.

La convicción que de ello tengo me obliga a dirigir al excelentísimo señor Obispo y Cabildo la súplica rendida de que esta pieza tan bella sea expuesta en el tesoro Catedralicio, sin merma ni menoscabo del derecho a su pertenencia y uso de la Parroquial del Sagrario, para que pueda ser admirada junto con la Custodia del inmortal orfebre, por cuantos visitan nuestro primer monumento y puedan saborear las infinitas emociones que proporciona esta obra, donde campean blasones de espiritualidad sentida, que tiene la virtud de hacernos partícipes de la delicia y gozo que su autor sintiera al plasmar en plata su idea creadora.

Rafael Aguilar Priego